

AÑO IX — BARCELONA 10 DE FEBRERO DE 1890 — NUM. 424

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

RETRATO DE DANIEL URRABIETA VIERGE, dibujado por **Paul Renouard**

Recuerdo del banquete ofrecido á este aventajado dibujante español por todos sus colegas parisienses, con motivo de haber sido nombrado caballero de la Legión de honor

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Daniel Urrabieta Vierge*, por M. A. – *La Alternativa. ¡A los toros!* por D. Julio Vidal. – *Cambio de frente* (conclusión), por D. Angel Salcedo Ruiz. – *Un chasco al diablo*, por D. Rafael M.ª Liern.

GRABADOS. – *Retrato de Daniel Urrabieta Vierge*, dibujado por Paul Renouard. – *Facsímile y dibujos* de Vierge. – *Les claqueurs*, acuarela de J. Beraud. – *El príncipe de Sagán*, retrato al pastel por M. Gervex. – *Regreso de M. E. Stanley.*

NUESTROS GRABADOS

RETRATO DE DANIEL URRABIETA VIERGE

facsímile y dibujos del mismo

Véase el artículo biográfico de este distinguido dibujante, así como el titulado *La Alternativa*, que se insertan en este número.

«LES CLAQUEURS,» acuarela de J. Beraud

Nadie ignora que en Francia se ha dado el nombre onomatopéyico de *claqueurs* á ciertos individuos que en los teatros desempeñan el poco envidiable cometido de aplaudidores de oficio, y que en nuestro país, en donde se ha implantado también por desgracia esa exótica profesión, se les conoce con el calificativo de *alabarderos*, *arroceros* y otros no menos expresivos.

Esta clase de gente constituye en París una verdadera corporación, perfectamente organizada, con sus jefes y directores, sueldo fijo y gajes, de todo lo cual se dió en uno de los últimos números del *Salón de la Moda*, que se reparte con esta *Biblioteca Universal*, una explicación bastante detallada.

Remitimos pues á nuestros lectores á lo allí manifestado para que se formen una idea más completa de lo que representa la bonita acuarela de Beraud, que ha llamado con justicia la atención en el pabellón de los Acuarelistas, de la reciente Exposición Universal de París. M. Beraud es un artista que reune á sus incontestables cualidades de excelente dibujante y hábil colorista, un profundo talento de observador, de suerte que en sus obras no se ve una línea falsa ni un tipo descuidado: todas parecen fotografías, y quizás por esto mismo se ha contemplado con preferencia á otras obras la que reproduce nuestro grabado, pues en ella habrá visto el público parisiense tipos sobrado conocidos en las galerías de los principales coliseos.

EL PRÍNCIPE DE SAGAN

retrato al pastel por M. Gervex

Después de yacer en el olvido largos años el arte de la pintura al pastel, ha renacido ahora con relativo vigor, y habiéndose constituído en París una sociedad de pastelistas que cuenta ya en su seno bastantes individuos, ha expuesto muchas obras en un pabellón especial, que formaba parte de la Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de 1889.

Entre dichas obras figuraba el retrato del príncipe de Sagán, personaje distinguido de la elevada sociedad parisiense, organizador de fiestas y reuniones, y por consiguiente más conocido en los salones del gran mundo que en los círculos políticos ó científicos. M. Gervex, autor de este retrato, es un artista de valía, pero que sufre el influjo de los centros aristocráticos á que concurre, y se dedica por tanto á retratar damas de ilustre alcurnia, reproduciendo minuciosamente todos los refinamientos de la coquetería y enamorándose de la elegancia rebuscada de las formas más que de las sencillas galas de la naturaleza. Esto no obsta sin embargo para que se manifieste concienzudo en la expresión del rostro y en la pureza de sus líneas, ni para que aplique el color con verdadero conocimiento, por lo cual sus obras son apreciadas, y el exacto parecido del retrato del príncipe de Sagán ha contribuído á aquilatar su renombre.

REGRESO DE M. E. STANLEY

Tenemos la satisfacción de incluir en este número dos grabados referentes al gran explorador. El primero es su retrato, que aunque ligeramente trazado en el momento de su llegada al Cairo de regreso de su última expedición, es de un parecido exactísimo.

Cuantos lo comparen con los retratos publicados hace pocos años por todas las Revistas ilustradas así como con las fotografías expuestas al público, echarán desde luego de ver la gran mudanza ocasionada en su rostro por las fatigas y penalidades de su larga y accidentada excursión por un país enteramente desconocido y en el que ha tenido que allanar toda clase de obstáculos, opuestos á su marcha por la naturaleza ó por los hombres. Stanley ya no es el gallardo joven que se dió á conocer en el mundo entero cuando su primer viaje á África en busca de Livingstone: el clima, las enfermedades y las privaciones, soportadas durante sus frecuentes viajes al interior del Continente negro han marchitado su anterior lozanía y dado á sus facciones un tinte de prematura vejez: sus cabellos se han vuelto blancos y su mirada, sin carecer de su acostumbrada expresión, no tiene ya el brillo de otro tiempo. Afortunadamente, su cuerpo conserva aún la energía y vigor de siempre, y su robusta constitución, que le ha salvado de tantas pruebas y le ha hecho salir incólume allí donde tantos otros han perecido víctimas de la insalubridad del país, todavía le permitirá seguir prestando inapreciables servicios á la causa de la ciencia y de la civilización.

Un corresponsal inglés, que acaba de conferenciar con él en el Cairo, le compara con dos hombres, famosos también en los anales africanos, el general Gordon y el capitán Burton, y dice que Stanley tiene los ojos del primero y la boca fina y enérgica del segundo.

La llegada del célebre viajero al Cairo ha sido un verdadero acontecimiento. Jamás se había aglomerado en la estación del ferrocarril, tan considerable muchedumbre deseosa de festejar al viajero que acababa de recorrer 5,000 millas á pie por el interior de África, y que al regresar al seno de la civilización, parecía ocuparse, más que de sí propio, de la seguridad de los compañeros que le han seguido con tanta abnegación.

Autógrafo de M. Stanley.

En el segundo de los referidos grabados, copia de una fotografía sacada en la agencia consular inglesa de Zanzíbar, se ve á Stanley con los compañeros que han tenido la suerte de regresar de su peligrosa expedición; en primer término están los jefes de ésta, sentados en el suelo: los demás son los conductores ó mozos que han llevado por espacio de tanto tiempo y desde tan considerable distancia, las cargas y equipajes del famoso viajero.

DANIEL URRABIETA VIERGE

Hace pocas semanas, el 5 de diciembre último, se reunía en el pintoresco *Auberge des Adrets* de París un centenar de personas, entre las que figuraban los pintores, dibujantes y grabadores más conocidos de aquella capital así como los individuos del Jurado de Bellas Artes de la Exposición Universal, y varios literatos, editores y representantes de periódicos ilustrados.

El objeto de esta reunión era dar una prueba de afecto, simpatía y admiración á un compatriota nuestro, á Daniel Urrabieta Vierge, más conocido en aquel emporio de las artes por su segundo apellido, ofreciéndole y celebrando en su honor un banquete costeado por suscrición, con motivo de haberle otorgado el gobierno francés, cual merecida recompensa de sus trabajos, la cruz de caballero de la Legión de honor.

Nunca como en esta ocasión quedó confirmado el aforismo de que «el arte no tiene patria,» pues los comensales, dando al olvido el origen extranjero del artista por ellos obsequiado, sólo veían en él al genuino representante de una de las ramas de las Bellas Artes, y le festejaron tan fraternal y sinceramente como si hubiese visto la luz en las orillas del Sena.

Pero Vierge vino al mundo en las del Manzanares. Fué su padre el conocido y popular dibujante D. Vicente Urrabieta, autor de los dibujos, ó valiéndonos de un galicismo que ha tomado ya carta de naturaleza entre nosotros, *ilustrador* de casi todas las obras que en España se publicaron por entregas desde el año 1854 al 1870.

Niño aún, entró Daniel á aprender los primeros rudimentos del dibujo en la Escuela de Bellas Artes, siendo natural que le aleccionara y le hiciera adquirir afición al arte la constante labor de su incansable padre, artista apreciable por muchos conceptos. Allá por el año 1867 trasladóse éste á París con su familia, y el joven Urrabieta, que á la sazón tendría diez y seis años, hubo de pasar por todos los sinsabores y amarguras que la fatalidad reserva al talento desconocido y modesto.

Como á menudo sucede, favoreciéronle al principio de su carrera circunstancias inesperadas y ajenas por completo al reconocimiento de sus brillantes cualidades. Con motivo de la guerra franco-prusiana y del sitio de París que debía terminarla, halláronse los periódicos parisienses ilustrados escasos de colaboración artística, y tuvieron que aceptar, prescindiendo de exigencias, la que la suerte les deparaba. Fortuna fué para *Le Monde illustré* encontrar entonces á nuestro compatriota y aceptarle en su seno.

Los sucesos de la Commune fueron ocasión para que éste se revelara como dibujante de primera fuerza, por la verdad, la vida y el movimiento con que en sus dibujos reprodujo los episodios más culminantes de aquella triste contienda fratricida. Su ejecución, suelta, fácil y espontánea, con todo y ser sólida y sobria, imprimió un carácter completamente nuevo á la hasta entonces desdeñada *ilustración*, convirtiendo en verdadero arte, lo que, salvo rarísimas excepciones, fuera un oficio practicado con más ó menos habilidad.

Coincidió la aparición de Vierge en el estadio artístico con la publicación de *The Graphic* en Londres y de *La Ilustración* de Madrid, periódicos en los cuales tantos artistas contribuyeron á la evolución del dibujo de una manera brillantísima, y que con los perfeccionamientos que la aplicación de la fotografía al grabado ha permitido introducir, han ocasionado una reforma radical en la ilustración de obras y revistas que tanto contribuyen á popularizar y extender en los pueblos la cultura y gusto artísticos.

Desde entonces la vida de Urrabieta lo fué de incesante trabajo, pero afortunadamente también de provecho y de aplausos. Verdad es que se vió obligado á sostener una lucha titánica con las exigencias, rutinas y preocupaciones de directores y grabadores, pero su talento se impuso á todos, y unido á su constancia, allanó cuantos obstáculos se le oponían. Puede decirse que encauzó, ó contribuyó en mucho á encauzar la escuela moderna de grabado, haciendo que se relegaran al olvido los procedimientos sistemáticos de ejecución y que se sustituyeran por otros más apropiados á la diferente manera de ver y de dibujar.

Teníale Víctor Hugo en grande aprecio, y más aun después de ver las ilustraciones que hizo para sus obras *El hombre que ríe* y *Los trabajadores del mar*. La *Historia de Francia* de Michelet, así como otras muchas obras ilustradas por él y su colaboración constante en *Le Monde illustré*, *La Vie moderne* y otras revistas, contribuyeron á aumentar su fama.

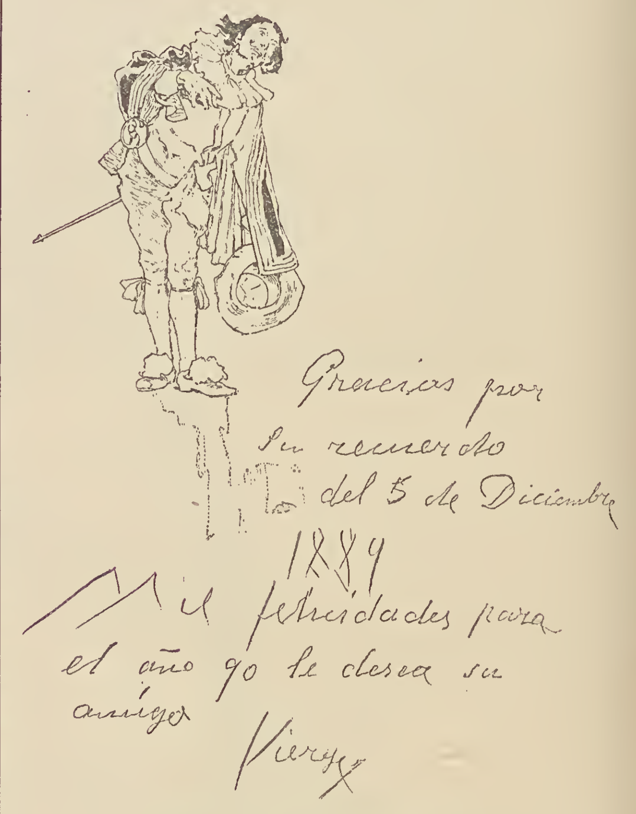
Su última obra, por desgracia no terminada, fué la *Vida de D. Pablo de Segovia, el gran Tacaño*, de Quevedo, cuyos dibujos, hechos con verdadera conciencia, con cariño extraordinario, y de un sabor local y de época notabilísimo, son y serán admiración de artistas y profanos. La casa editorial de Dalloz y C.ª de París le tenía encargada la ilustración de *Gil Blas de Santillana*, pero los primeros trabajos de esta obra quedaron interrumpidos por la fatal enfermedad que por espacio de algún tiempo paralizó la fecunda y hábil mano de tan querido artista. En los dos dibujos que pudo hacer para dicho libro, Vierge se excedió á sí mismo; cada cual es un cuadro perfecto por su concepto, por sus detalles y por la galana ejecución que tanto le distingue. Esta obra le hubiera valido una eterna corona de gloria.

Cuando la fiesta en el Hipódromo dada á beneficio de los inundados de Murcia, Vierge fué el alma de la organización en el decorado, trajes, etc., secundado por sus compañeros H. Scott y A. Marie, y aun recordamos todos cuán grande fué el éxito de aquella solemnidad.

Con ocasión de la imponente prueba de respeto y entusiasmo que el pueblo francés dió á su poeta más popular, á Víctor Hugo, recibió Vierge el encargo de dejar un duradero recuerdo de ella en una gran página para *Le Monde illustré:* emprendida la tarea con la fiebre que le era característica, no pudo terminarla, pues cayó gravemente enfermo atacado de hemiplegia.

Desde entonces sus amigos y admiradores, que son muchos, no hemos dejado de hacer fervientes votos por el restablecimiento completo del esclarecido artista español, que une á su entusiasmo por el arte una fuerza de voluntad á toda prueba, como lo demuestra el que, teniendo paralizada la mano derecha por su cruel enfermedad, ha sabido ejercitar la izquierda en el manejo del lápiz con la misma y relevante maestría anterior. Así es que no habiendo podido ser vencidas por la dolencia sus portentosas cualidades, hoy sigue dando muestras de su talento en varias publicaciones parisienses, entre ellas la notable *Revue illustrée*, en la cual han aparecido los cinco dibujos referentes á una corrida de toros que honran también las columnas del presente número, y á los que se alude en el artículo *La Alternativa* que insertamos á continuación.

Si como artista ha adquirido Daniel Urrabieta justa celebridad, como hombre ha sabido conquistarse el aprecio de cuantos le han tratado en un terreno en el que por espacio de mucho tiempo, puede decirse que ha vivido como planta exótica, y la manifestación de simpatía que se le acaba de tributar en París, manifestación á la que la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha tenido el honor de asociarse por telégrafo, prueba la estima en que en un pueblo tan cosmopolita como París se le tiene.



Facsímile de Daniel Urrabieta Vierge.

La apreciación que hemos hecho de sus aptitudes podría parecer apasionada por tratarse de un compatriota nuestro, pero mayores aún han sido los elogios que personalmente le ha dirigido en presencia de un centenar de comensales M. Hubert, director de *Le Monde illustré*, elogios confirmados con el aplauso de todos sus oyentes. M. Hubert, en un sentido discurso, ha consignado cuán gratas y valiosas le habían sido su amistad y su colaboración. Ha presentado al joven extranjero trazando con su lápiz, al estampido del cañón y al fulgor de los incendios, páginas impregnadas de sencillez y de verdad: ha manifestado cómo, al crecer su talento, el entusiasta artista dió al arte de la ilustración nueva forma, y, preocupándose de la naturaleza más que Gustavo Doré, cuidando de la forma más que Edmundo Morin, dando á las fisonomías su verdadero carácter y su color local á los paisajes, llevando la vida, el movimiento, la gracia ó el vigor á sus obras, y distribuyendo con inteligencia el claro-oscuro, ha reemplazado lo *convencional* por lo *verdadero*, y formado escuela.

Si M. Hubert tributó con sus elocuentes frases un homenaje merecido á Urrabieta, M. Pablo Renouard, moderno y asimismo distinguido ilustrador, quiso que se conservara un recuerdo de aquella fiesta familiar; á este fin ha trazado un exactísimo retrato del artista obsequiado, y este retrato es el que figura en nuestra primera página. Al darle cabida en ella como modesto tributo de nuestras simpatías, y al insertar esta sucinta reseña biográfica, cumplimos gustosos un deber de amistad y admiración, y enviamos de nuevo á Vierge nuestro entusiasta parabién por la señalada distinción á que se ha hecho acreedor.

M. A.



EXTERIOR DE LA PLAZA DE TOROS DE MADRID EN UNA TARDE DE CORRIDA

dibujo de Vierge reproducido fotográficamente

LA ALTERNATIVA

¡A LOS TOROS!

Este grito se repetía por todos los ámbitos de la población, coreando á los conductores de toda clase de vehículos que esperaban á ser ocupados, dos horas antes de empezarse la corrida.

Era una corrida de empeño, extraordinaria, de esas que quedan indeleblemente grabadas en los anales taurinos.

Porque Rafael, el famoso banderillero, que había ya matado algunos toros con entero lucimiento, iba á tomar la alternativa: es decir iba á consagrarse como *espada de cartel*.

¿Qué buen aficionado, y hasta me atrevo á decir, qué buen español que se respete puede faltar á esta corrida?

Por eso los *capitalistas* que salen á torear en las novilladas, la *furriela* que tiene que empeñar alguna prenda en buen uso para asistir á la fiesta nacional, los paletos de los pueblos de los alrededores que están fogueados contra el calor; la oclocracia, en fin, ocupaban desde muy temprano las localidades de sol.

Como Febo les aplanaba, agitábanse bajo sus candentes rayos, con un zumbido de colmena y con bullir de hormiguero. Todo estaba lleno: el sol que los achicharraba, no podía penetrar por entre aquella masa compacta, y por eso aunque *ellos* al sol, los asientos de piedra estaban á la sombra.

Y no creáis que los privilegiados de la sombra fueron perezosos. Fuera de la plaza oíase el incesante rodar de carruajes, que parándose á las puertas, descargaban una multitud de gente de todas clases y cataduras; de modo que la sombra también se llenó anticipadamente.

¡Y las gradas y los palcos y los tabloncillos! ¡Válgame Dios!

¡Cuánto pollo de sombrero cordobés, cuántos padres de la patria que *hacían novillos* del Senado y del Congreso, cuántos revisteros taurinos preparados el lápiz y el papel, cuánto extranjero llevando anteojos de tal potencia que parecía que iban á estudiar algún planeta de los más lejanos!

Luego fuéronse cuajando los palcos. ¡Ah! los palcos! ¡qué caras de cielo, qué mantillas blancas, qué ojos con más calor que el verano!

Llenóse, pues, la plaza de bote en bote, comenzó á sentirse ese efluvio impaciente y magnético, que se explaya en voces, risas y dicharachos.

Los barbianes, los flamencos, los aficionados de pura sangre, vagaban por el *redondel* esperando el despejo. Ya habían concluído de regar la plaza, la hora iba á sonar y sin embargo el presidente no se presentaba.

Pero como una gran parte de los espectadores tenían ó querían tener adelantado el reloj, increpaban á la autoridad ausente, ó mejor dicho, con dicharachos é imprecaciones se preparaban para las silbas futuras.

Por fin preséntase el presidente, mira gravemente su reloj, hace la señal de empezar agitando el blanco pañuelo, y una general exclamación de alegría ensordece el ambiente, á falta de aire.

Las formalidades de presentar las puyas de las picas á la autoridad, la de arrojar ésta al alguacil la llave del chiquero, la de tomarla el encargado del toril, y demás zarandajas, se cumplen con toda exactitud; porque en España lo único formal y serio que existe son las corridas de toros.

La cuadrilla avanza deslumbrante de colores al son de una música que deja bastante que desear. El joven neófito que había de tomar la alternativa, va en medio de los diestros famosos Sánchez Hito y Manuel Lara, que son las firmísimas columnas del toreo.

Mientras se adelanta la cuadrilla luciendo sus capotes de paseo, no cesan ni un solo instante los aplausos anticipados; pero se restablece relativamente el silencio, cuando después de saludar al presidente, que les devuelve cortésmente su saludo quitándose el sombrero, toman los diestros sus capotes de brega.

Toda gran emoción es silenciosa, ¿y cómo no emocionarse cuando sale á la arena una res de una de las primeras ganaderías de España?

Ya está en el anillo. Sale bien, es decir sale *parado*. Los picadores de tanda esperan en su sitio, junto á las tablas; adelántanse algunos chulos; pero los espadas permanecen alejados, pues sería de mal gusto mostrar apresuramiento. Por fin se dignan adelantarse: el Hito viste de cereza y oro, Manuel de verde con golpes del mismo metal, y el joven Rafael de azul y plata.

El toro que acaba de salir *no es suyo*, pero el primer espada se le cederá para la muerte: es el terrible adversario que le espera. Va á empezar la bronca; ¿cómo terminará para el novel matador? Tiene éste un corazón que no le cabe en el pecho, vista segura, brazo vigoroso y piernas de acero; pero esto no basta; en aquel circo tan inteligente, es preciso ser fino, artista, depurar la buena escuela de toreo.

Por eso aunque Rafael está al parecer tranquilo, con su capote al brazo, su corazón late violentamente. Además hay unos ojos negros que desde una delantera de grada le están mirando, ojos de sevillana, de matadora: con mucho *negro* y con mucha *luz;* y de aquella tarde depende para él la posesión de estos ojos y todas sus dependencias, porque para la maniobra del matrimonio no es lo mismo ser banderillero que *Espada de Cartel*.

El toro, sin correr, se adelanta hasta los medios entre los atronadores aplausos que los espectadores prodigan al ganadero (que está en un palco) por haber *criado* un animal tan hermoso. Buen mozo, de libras, ensabanado y corniabierto, promete ser una *res de respeto*.

Algunos chulos le echan el capote, pero él cabecea y continúa en los medios, como si no se dignara acudir á los peones, pero ve á Manuel á corta distancia y se *arranca* sobre él, derrota en el vacío, porque flota la seda del capote, y el diestro le burla, atrayéndole hacia el primer picador, que apenas tiene tiempo para citarle, pues el *bicho* se le cuela, propinando á jinete y caballo una *caída de latiguillo*.

Los capotes se le llevan, describe un medio círculo y se encara con el segundo jinete. Le mira, quizá atónito de aquel desafío de la puya amenazándole á la cabeza; pero desviándose en una arrancada rápida, persigue á un chulo que sólo tiene tiempo de tirarle el capote y *tomar el olivo*. El toro cornea en los tableros, y cuando vuelve á la plaza, torna á encontrarse con Majarón, el picador de *castigo*, que le desafía por segunda vez.

Aquello es demasiado para una res de buena casa, tan buena que lleva divisa *azul y rosa;* por eso acude, y por eso, no obstante el brazo de hierro de Majarón, le derriba achuchándole en las tablas.

¡Bravo! ¡bravo! exclama la multitud, y como si el animal comprendiera, escarba la arena y luego *se encampana*, como desafiando.

Era ciertamente un toro de trapío, bravo, seco, voluntarioso, creciéndose al hierro, condiciones que no disgustaron á Rafael porque sabía que las reses más bravas son las mejores para la muerte.

Sánchez era un gran director de plaza, no permitía la menor falta, cada uno ocupaba el sitio que le correspondía; así es que siguiendo sus hábiles indicaciones, la fiera tomó dos ó tres varas más. Entonces, no obstante su bravura, se resintió del castigo, y á la salida de una suerte de vara, persiguiendo á un chulo, saltó tras él la barrera.

Gran movimiento en el *callejón*. Cuantos estaban en él saltaron á la plaza. Los espectadores de las barreras, desde sus asientos, por supuesto, obsequiaron al toro con la clásica paliza de palos y bastones, porque *no quita lo descortés á lo valiente*, y se puede muy bien aplaudir á una res que destripa á un caballo, y apalearle entre barreras.

Volvió el bicho al redondel por una de las puertas abiertas con este objeto: Rafael le esperaba con el capote abierto.

Levantóse en la plaza una tempestad de gritos. Los inteligentes protestaron. ¡Cómo lancear de capa á un toro que ha tomado varas! aquello era inaudito, anti-clásico; pero el joven *debutante*, fuese por querer lucirse á toda costa, ó por observar que el toro conservaba aun mucho poder, quiso quebrantarle, y le tomó con dos soberbias verónicas, limpias, ceñidas y parando los pies. Hizo un farol y echóse el capote á la espalda para torear por detrás, pero la fiera, cansada tal vez de derrotar en el vacío sin nunca encontrar el bulto, se salió de la suerte con un *viaje* rápido y turbulento.

La confusa gritería
que en todas partes se oyó
fué tanta que parecía
que honda mina reventó
ó el valle y monte se hundía.

Sólo esta quintilla de Moratín puede dar idea del entusiasmo que *estalló* en la plaza, porque el público estaba acostumbrado á ver buenos toreros en la suerte de matar, pero no lances de capa de tan buena escuela como aquel. El Hito gozaba con aquellos aplausos tributados á su sobrino y discípulo, murmurando entre dientes: «Nunca hemos hecho eso nosotros;» pero al mismo tiempo temía que aquella ovación, excitando los nervios del joven espada, le privara de la serenidad necesaria para la suerte de matar.

Entretanto el bicho, algo más aplomado, tomó *querencia* al lado de un caballo muerto, al que volvió á cornear furiosamente, sin hacer caso de los capotes que pretendían llevársele. Cansóse de su víctima, se *encampanó* viendo un bulto que le alegraba desde los medios de la plaza. Aquel bulto aislado, sin el desvanecedor percal contra el que se ensañaba en balde siempre que acometía, atrajo la atención del toro, que quizá en su instinto inconsciente se dijo: «este es mío» y acudió al reto como un rayo. El *muchacho* le esperó, sorteóle con un gracioso *quiebro*, y le clavó un par de rehiletes en *la bajada del morrillo*. Hubo un par más al sesgo: el primer banderillero quiso quebrar por segunda vez, sin tener en cuenta lo peligroso que es la repetición de esta suerte en un mismo toro; y fué cogido y achuchado contra las tablas, aunque sin consecuencias.

El clarín anunció la suerte suprema, la de *matar*. Sánchez Hito, el primer espada, que con anticipación tenía el estoque y la muleta en la mano, adelantóse hasta los tercios de la plaza. Allí le esperaba Rafael con el capote al brazo. Ambos se saludaron quitándose las monteras; después el primer espada entregó al novel diestro los trastos de matar, tomando el capote de éste.

La formalidad estaba consumada, la alternativa era un hecho: Rafael había llegado al *sumum* de la carrera taurina, y podía *alternar* con los espadas de cartel.

El joven diestro emplazóse ante el palco presidencial, quitóse la montera y pronunció el siguiente brindis:

«Por usía, por su acompañamiento, por la gente del pueblo, por los forasteros y por dos luceritos que están mirándome.»

Los luceritos aludidos eran los ojos de que ya se ha hecho mención, y pertenecían á Encarnación la sevillana, hija de Jerónimo Vaez, el rico propietario de Ronda.

Pronunciado el brindis, y tirada la montera con garbo, resonó en el tendido un unánime aplauso.

El novel matador, con la muleta plegada dirigióse hacia el toro *entablerado* en el lado opuesto; pero echó una mirada oblicua hacia la grada en donde resplandecían los dos luceritos, y ¿quién sabe? quizá se encomendó á ellos como los antiguos paladines á la dama de sus pensamientos.

Sánchez Hito le seguía de cerca: debía ayudarle hasta *pesar* al toro. La fiera escarbaba la arena, *humillando*. Un silencio sepulcral había sucedido al anterior aplauso, los abanicos quedaron inmóviles, y todas las miradas se fijaron en la conjunción del diestro y del toro, con anhelante interés.

Porque en aquel instante se trata de dos cuestiones importantes: el valor y el arte.

El animal alzó la cabeza viendo aproximarse á Rafael, y las banderillas que antes le caían sobre el testuz, se esparcieron á ambos lados del lomo.

Aquel era el momento.

Acercóse el diestro, desplegó la muleta casi en la misma *cuna*, derecho, con los pies casi juntos, marcando ligeramente la salida á la fiera.

Estaba pálido de emoción, no de miedo.

Acudió el toro y entonces los espectadores vieron dos pases en redondo y un *cambio* forzado *en la cabeza*, de los tiempos de Montes y Cayetano.

Los antiguos aficionados estaban trémulos de satisfacción y se preguntaban: «¿de quién ha aprendido eso ese muchacho?» Se olvidaban de que el Arte no se aprende, se presiente.

La gente joven, comprendiendo por instinto el supremo mérito de aquella lidia, aplaudía á más no poder.

Manuel, el segundo espada, se volvió hacia un primer banderillero y le dijo:

SALUDO DE LA CUADRILLA, dibujo de Vierge, grabado por Bertrand

CAIDA DE UN PICADOR, dibujo de Vierge, grabado por A. Lepere

SENALANDO LA ESTOCADA, dibujo de Vierge, grabado por C. Bellenger

EL ARRASTRE, dibujo de Vierge, grabado por Florian

– Ese chavocito nos va á cortar la coleta á todos.

– ¡Por alto! – gritó entonces Sánchez á su sobrino, – *está muy entero.*

– Ya lo sé, – dijo éste, y dió al toro un pase de destronque, ahondando entre la cuerna.

Aquello bastó. La res estaba cuadrada de los pies, pero humillaba. El joven matador, alzando la muleta, la compuso la cabeza, perfilóse ligeramente, levantó la mano, recogió el codo y señaló la estocada.

Entonces un espectador de la barrera exclamó: «¿Y esa muleta?» porque Rafael apenas la había liado. El diestro miró á aquel exigente, y la ciñó totalmente al palo. Al mismo tiempo, Sánchez, excitado por el cariño, hizo un brusco movimiento: el toro *desparramó*, es decir esparció la vista, y derrotó hacia la derecha, *escurriéndose* de la suerte. El matador, que había ya engendrado el movimiento, no hirió, sin embargo, comprendiendo que la estocada hubiera resultado baja, y perdió la muleta en el alto derrote del toro.

Sonaron algunos silbidos, dirigidos más bien á Sánchez Hito, que por excesivo interés había descompuesto á la fiera con aquel extemporáneo movimiento; pero el joven espada, excitado y nervioso, no estaba en estado de discernir.

Sánchez estaba inmutado, y se limpiaba el sudor con el dorso de la mano.

Rafael volvió á armar la muleta, sereno al parecer, pero un temblor nervioso agitaba su mano izquierda. No tenía miedo, pero supersticioso, como todos los que tienen por oficio el exponer la vida, supuso un mal presagio en aquel incidente no muy frecuente en el toreo.

Volvió á citar al toro con la muleta en abanico, aun más ceñido y parado que anteriormente; pero más sobre sí, porque comprendió que el toro tenía la salida rápida y se recostaba del lado derecho. Once pases no bastaron para volver á componer la cabeza al toro, que tenía tendencias á despapar. Entonces el muchacho, ciego de despecho, quiso jugar el todo por el todo: adelantó el pie izquierdo, citó á su enemigo *para recibirle*, y en efecto le recibió con una estocada honda, de muerte.

Entonces estalló, no un aplauso, sino un delirio. Los aficionados inteligentes comprendieron que recibir aquella res que no tenía condiciones para ello había sido una temeridad antitaurina. Rafael aquella tarde lanceó de capa y recibió extemporáneamente, y quedó con lucimiento; lo cual prueba que muchas veces el valor produce los mismos efectos que la inteligencia.

El toro herido quedóse inmóvil, pero no cayó.

El novel matador, inmóvil también, con la muleta graciosamente caída, cuadróse delante de él.

Un peón quiso echar un capote, pero Rafael le detuvo, diciendo:

«Déjale, tiene bastante.»

En efecto, la fiera osciló de derecha á izquierda y cayó desplomada.

El valor y la destreza habían triunfado de la fuerza, en lucha leal y en plena luz. Un clamor formidable resonó en el circo y la arena se cubrió de sombreros, petacas, botas de vino y ropas en bueno y mal uso.

Cayó también un abanico al redondel: algunos vieron la mano que le había arrojado, y muchos la adivinaron.

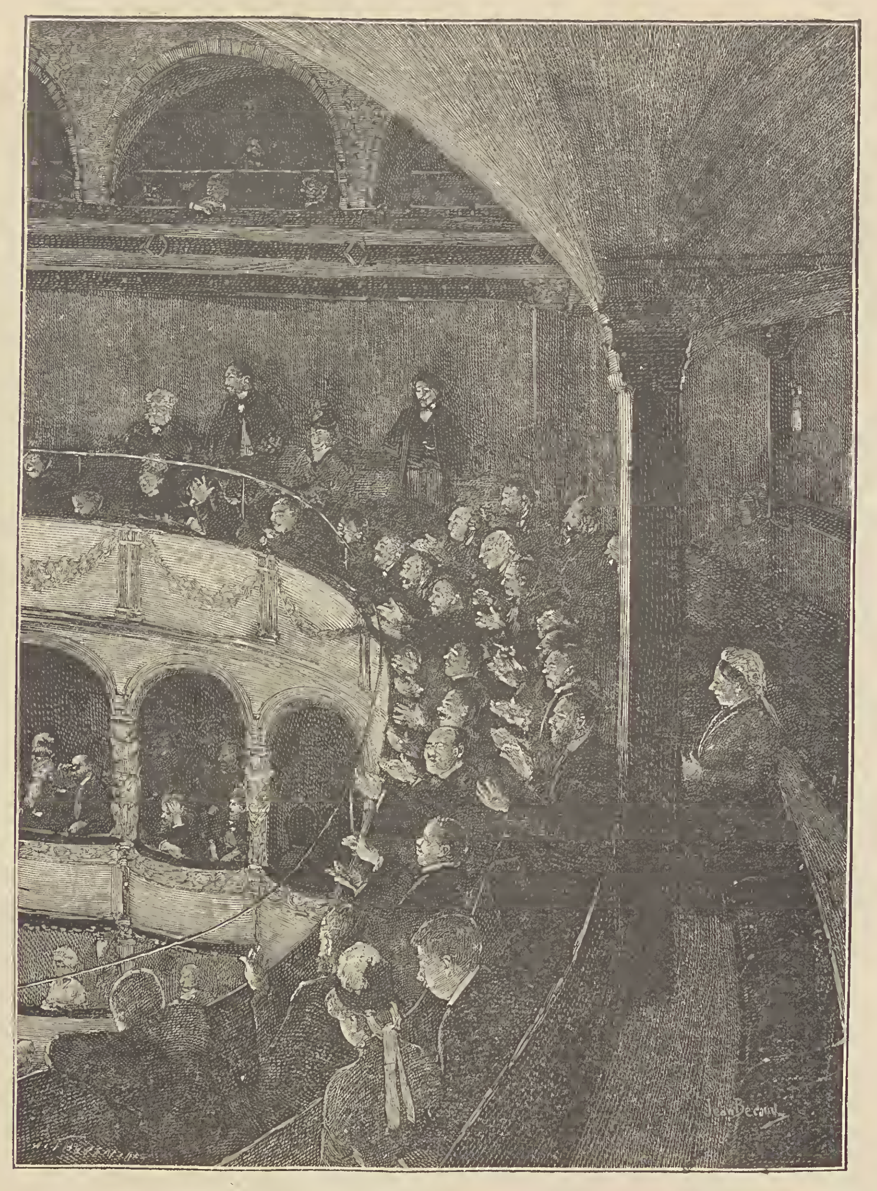
Sánchez Hito trémulo de emoción abrazó á su sobrino. Este le apartó suavemente y antes de recoger todas aquellas preseas tributadas á su valor, fué á saludar al presidente.

Salieron las mulas y arrastraron al toro.

Fué una ovación entusiasta, y una alternativa inolvidable. Rafael, entre los acordes de la música y el ruido de las palmas, dió vuelta al circo, radiante de gozo. Ayudado de parte de la cuadrilla, devolvió á los tendidos los sombreros y prendas de vestir que le habían arrojado, dió las petacas y cigarros á los compañeros que le ayudaban en su grata faena; pero guardóse el abanico en el bolsillo de su chaquetilla.

Miró á la grada frontera: allí dos dedos finos y adorables aproximándose á una boca de claveles, le enviaron un beso; y dos luceritos lloraban de alegría.

JULIO VIDAL.



«Les Claqueurs,» acuarela de J. Beraud

Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París

CAMBIO DE FRENTE

(Conclusión)

Anselmo se deshizo en cumplimientos y protestas de gratitud.

– Nada, nada, continuó el general, vosotros sois los únicos que habéis comprendido mi genio, y con los que yo únicamente puedo vivir... No tengo más familia que vosotros.

– Por Dios, señor, ¿y la señorita Gertrudis?

La señorita Gertrudis era una sobrina del general, casada con un abogado de reputación en Madrid; el general la había querido muchísimo, y durante dos ó tres años Gertrudis y su marido vivieron con su tío en el mismo hotel en que sucedían ahora las cosas que vamos refiriendo. Pero de repente surgió la separación, y con la separación una ruptura completa, entre tío y sobrinos. Todo el mundo, incluso Gertrudis y su marido, explicaban esta ruptura por el genio áspero, desigual, imposible en una palabra, del viejo Guzmán.

– No me nombres siquiera á mis sobrinos, dijo Guzmán poniéndose sombrío. Yo no tengo sobrinos.

– Señor...

– Mira, siguió el general, levantándose de la butaca y señalando con la diestra extendida á un gabinete que desde allí se descubría, ahí fué. Yo venía tranquilamente por este salón; como era invierno, con las alfombras no se oían mis pisadas. Oí que hablaban de mí. El, el picapleitos ladrón, decía que conmigo no se podía vivir; y mi sobrina, la gazmoña de Gertrudis que yo había querido como hija, la que lo fué de mi pobre y valiente hermano Enrique, la heredera única de mi caudal y la depositaria de mis únicos afectos sobre la tierra, en vez de defenderme, como era de razón, contra el tunante de su marido, pronunció estas palabras textuales: *Sí, sí, ya sé que el tío es insoportable; pero, hombre, aguantemos un poco que ya poco puede vivir, y sería una lástima que un caudal tan bonito como el que tiene fuese á parar á los pobres.* Así dijo la bribona riéndose. Yo me sentí morir. Las paredes empezaron á girar en torno mío. Creí que me desmayaba. Pero mi espíritu se sobrepuso como tantas otras veces en mi larga carrera. Entré en el gabinete como una fiera, como un demonio, como una tempestad. Abofeteé al marica del marido, y le rompí los quevedos. A la sinvergüenza de mi sobrina me harté de llamarla todo lo más malo que se puede llamar á una mujer, y en paz. Los dos salieron fugitivos de aquí como dos ladronzuelos sorprendidos en el momento del hurto. Y mis sobrinos murieron para mí aquel día. Y como supondrás, la peseta que ellos vean mía que me la claven en la frente. Los pobres, los pobres en quienes temía la arrapieza de Gertrudis encontrar competidores, serán mis únicos herederos.

– Cosas de familia, señor, que hacen mucho daño, y luego se olvidan.

– ¿Olvidar? ¡Jamás! Yo todo lo olvido menos la traición; para mí todo es disculpable menos la hipocresía y la frialdad de alma. Quiero toros claros, y no gazmoñas como Gertrudis. Se acabó. Pero mira, Anselmete, tú no podrás nunca figurarte el daño que aquello me hizo. ¡Qué horas tan amargas he pasado! ¡Qué cosas tan horribles han cruzado por mi imaginación! He padecido, y todavía padezco á ratos, de una enfermedad que podría definirse así: deseos de ser bandido. Sí, yo lo he deseado y á ratos lo deseo: no tener corazón, no tener sentimientos de hombre, ser una bestia feroz, un tunante, permanecer indiferente y frío ante todas las desgracias, no conmoverme por nada, ni por nadie, hacer todo el daño posible, no creer en Dios... De aquí esta rabia interna, inextinguible, que me consume, que me roe las entrañas y que acabará por hacerme estallar como una bomba cargada de metralla... Pero ya me siento cansado, Anselmo; ya me siento cansado. (El general se acercó mucho á su antiguo asistente y siguió hablando con voz muy baja, en tono de confidencia.) Estoy harto de incomodarme, de maldecir y de ser un tirano. Yo no quiero eso; á mí no me tira eso. Yo quiero ser bueno. (La voz del general se hacía casi ininteligible.) Yo quiero que me amen, que me bendigan... ¿Qué crees tú, zopenco, de todo esto?

– Que el señor debe reconciliarse con sus sobrinos.

– Eso no, ni siquiera me los nombres. Mis sobrinos murieron, en paz descansen. Yo necesito otra cosa, otra cosa, sí; yo necesito formarme una familia.

Anselmo miró fijamente al general como interrogándole.

Guzmán continuó:

– Otros se casan más viejos que yo. Yo acabo de cumplir los sesenta y soy un hombre fuerte y robusto. ¿Crees tú que no habrá quién se quiera casar conmigo?

– A centenares, mi general, á centenares.

– No te burles, animal, no te burles, que la cosa es más seria que lo que tú te figuras. Ya sé que habrá muchas mujeres que apetezcan ser generalas y disfrutar de mis rentas. La posición de generala viuda y rica es una bonita posición en Madrid. Y para lograrla nada mejor que casarse conmigo. Pero no quiero eso. Yo quiero una mujer que me quiera por mí; no por mis entorchados, ni por mi dinero. ¿Crees tú que podría encontrar yo una mujer de ese modo y en esa forma?

El caso era arduo, sobre todo para resuelto por Anselmo, hombre respetuoso si los hay, pero enemigo de la rastrera lisonja.

– ¿Con que no me respondes? ¡Ah! pues sábete que no hace dos meses que murió el marqués de H... y que la marquesa viuda fué allá *in illo tempore* uno de mis más fuertes amores... ¡Y que no me quería!... Creo yo que es, entre todas, la que más *chiflada* estuvo por mí... Ahora recordaremos antiguos tiempos y...

– Bien pensado, mi general, eso es propio de un hombre del talento de V. S. La señora marquesa tendrá poco más ó menos la edad que...

– Que yo... Ya te veo venir... Tú quieres hacerme tragar que lo que yo necesito es una vieja... Pues no señor... Ya no hay que pensar en la marquesa viuda... Que se vaya á freir espárragos... ¿Creerás tú que un teniente general no encuentre una muchacha al volver de una esquina? ¿Creerás tú que yo no soy muy capaz de interesar á una muchacha?

– Ya lo creo.

– No digo yo de mi clase, eso no, las muchachas quieren muchachos, convenido. Pero con que yo descienda un poquito, ya está el asunto arreglado. Lo que á mí me sobra de años y de reuma, le falta á ella de posición y riqueza... ¡Ahí es nada casarse con un teniente general!... Vamos á ver... y no tomes á ofensa lo que voy á decirte... Tu hija que es tan guapa y tan discreta, ¿no se volvería loca de contento si yo me casase con ella?

Anselmo se puso lívido, y contestó:

– Mi hija no necesita casarse con nadie.

– Hombre, te has picado... Pues no hay razón... Más de una vez me ha pasado por el magín... Sí, sí, puedes creerlo... Aquí, en mis largas horas de insomnio, me he dicho: la Lolilla es todo lo que se llama una buena muchacha... ¡Si ella quisiese calentar con la luz que le sobra estos últimos años míos, tan helados y desiertos!... Y que no le sentaría bien un vestido de gran señora, y ser la generala Guzmán, y disfrutar de mis posesiones, y ser para mis colonos como una Providencia, y pedirme dinero, y habitar este piso principal que desde que se fueron mis sobrinos parece un cementerio, y debérmelo á mí todo, y ser mi mujer, y quererme mucho, y quizás, quizás, tener de mí un hijo que fuera como el último rayo del sol de mi vida y el heredero de mi caudal, de mi apellido y de mi gloria... Un nuevo Guzmán que como yo fuese militar, y andando luego el tiempo se enorgulleciese de ser hijo mío, y en las largas veladas del cuerpo de guardia ó en las eternas noches del campamento, allá en una nueva guerra de Africa ó en una nueva guerra civil, refiriese á sus camaradas las hazañas de su padre, muerto hace mucho tiempo ya... No puedes creer, Anselmo, lo que me han desvelado estas visiones... En vano he luchado con ellas: han sido más poderosas que yo; me han vencido, me han subyugado; en mi corazón ha habido como un renacimiento de juventud; mi alma se ha revestido otra vez de la pompa de las ilusiones... ¡Oh, si fuese verdad este idilio soñado!...

Anselmo no sabía qué decir. Era el general la persona que más respetaba en el mundo; pero ni al general consintiera él que se burlase de su hija. Había, sin embargo,

en el tono de Guzmán un acento tal de apasionada sinceridad, de natural vehemencia, que todo se podía sospechar menos la burla. El honrado navarro no sabía verdaderamente qué responder.

Tampoco el general dijo más. Estaban abiertos los balcones, por los que entraban á tibios raudales los blandos y regalados céfiros del otoño... Caía la tarde, y en la sala reinaba ya una semi-oscuridad. El general, á paso largo, se dirigió á uno de los balcones. Se asomó. Anselmo quedó en la sombra. Allá lejos tocaban á la oración de la tarde. Los sonidos que procedían de la parroquia de Chamberí llegaban al hotel debilitados por la distancia, confusos y suavemente argentinos... El reloj de un hotel próximo dió pausadamente seis campanadas.

***

Era precisamente la hora de la cita; la hora por que suspiraba todo el día Pepe desde su alto pupitre en el escritorio, y por la que suspiraba también Lola desde su hogar: la hora en que los dos novios podían hablarse con sobradilla libertad, muy pegaditos á la verja del hotel, ella por dentro y él por fuera, á la sombra protectora de un macizo...

Como de costumbre, Pepe silbó.

Y como de costumbre también apareció Lola detrás de la verja.

– Lola, Lola! – se oyó en cuanto los amantes llevaban un buen rato de charla, desde adentro, y ambos amantes reconocieron la voz de Marta. ¿Te parece bien, niña, ya con los faroles encendidos? A casa, á casa.

Lola corrió al encuentro de su madre.

– ¿Tú lloras? Es lo que me queda que ver... Has estado de palique.

– Mamá, dijo Lola sollozando.

– No riña V. á Lola, señora, gritó desde el balcón el coronel Guzmán.

Y con voz todavía más solemne añadió:

– Mire V. que la niña haga el favor de subir y V. también... Tenemos que hablar cosas muy interesantes para todos.

– No, mi general; esto no puede hacerse así atropelladamente... Es preciso que...

– Nada, cállate tú, Anselmo, no quiero que os pongáis de acuerdo...

***

Todo esto lo oyó Pepe, y le hizo el efecto que cualquiera puede suponer... Como una nube rojiza pasó por delante de sus ojos. ¿Si sus celos serían un presentimiento? ¿Si habría acertado sin saberlo? ¿Qué tendría que decir el general á Lola? ¿Por qué no quería que se pusieran de acuerdo Lola, Marta y Anselmo? Y como Pepe era listo, muy listo, y sus celos además aguzaban en aquel momento sus facultades, vió rápidamente en el teatro interior de su fantasía que el general era viejo, soltero y sin familia, que la única muchacha que veía era Lola, y que nada tenía de particular, antes por el contrario resultaba muy natural y conforme con la implacable lógica de la vida, una pasión senil que no podía tener otro desenlace ó manifestación visible, sino un matrimonio ofrecido, y ¡ay! ¡ay!... quizás aceptado... Pepe se sintió morir... Tuvo que cogerse á la verja para no caer... Pero no era él de la raza de los tímidos, ni de los que aceptan con lágrimas el sacrificio: su temperamento sanguíneo y su espíritu altivo llevábanlo al combate, y era de los que mueren peleando. Pronto notó la reacción del valor, y rápidamente se juró á sí mismo que le arrebatarían su bien, pero no sin lucha...

Y entonces miró hacia arriba, hacia el remate de la verja, precioso bordado de bronce color de oro. Sus ojos querían saltársele de las órbitas con una expresión flamígera de animal de combate que va á saltar sobre su presa. El saltó después de haber trepado. Se encontró en el jardín. No se veía á nadie. Oyó que cerraban la puerta de cristales del balcón.

Arriba, el general, resumiendo un largo discurso, decía:

– Con que ya lo oyes, pimpollo mío, mi decisión es irrevocable. Delante de tus padres te lo juro. Tú ante Dios y ante los hombres serás mi esposa.

Lola rompió á llorar estruendosamente.

– Pero, general, dijo Marta, estas cosas no se dicen así, á boca de jarro. A la pobre chica puede darle un patatús.

– No hay motivo para eso, Marta; que se tome ella y tomaos vosotros todo el tiempo que queráis para reflexionar. ¿Os gusta así?

Ni Marta ni Anselmo respondieron; pero la verdad es que aquello les parecía el premio gordo de Navidad. ¡Su hija generala! ¡Su hija dueña del hotel y de las magníficas posesiones de la casa de Guzmán!

Por fin Marta dijo:

– Vamos, niña, dí tú lo que te parece.

Lola se irguió, y adelantándose hacia el general, con muy diferente actitud por cierto que la que debió mostrar Ruth cuando se acercó á Booz, exclamó:

– Pues ya lo saben Vds. Estoy comprometida con Pepe y le quiero con toda mi alma... Yo doy las gracias al señor; pero ni ahora, ni nunca jamás aceptaré su ofrecimiento.

El general estaba en pie, y cuando concluyó de hablar Lola, hizo una profunda reverencia con algo de afectación cómica, y dijo:

– Está bien. Puede V. decir que ha despreciado á un teniente general de ejército... No todas las mujeres podrán jactarse de lo mismo.

Y haciendo con la boca y con la mano un doble ademán despreciativo, añadió:

– Pueden Vds. retirarse.

Lola y sus padres se retiraron en efecto.

El general se puso á pasear á lo largo de la sala, murmurando:

– ¡Demonio, redemonio! fracasó mi combinación! He hecho un papel ridículo... Y no puedo despedirlos, al menos por ahora... No tengo un solo criado... Si ellos se van, hay que cerrar la casa... Y ¿cómo vivir sin ella, si la verdad es que estoy profundamente enamorado?... Ni cuando era muchacho recuerdo haber sentido una pasión como esta... Y después de todo ¡quizás tenga ella razón! Un amigo mío, tan calavera como yo, solía decirme sentenciosamente: las locuras que hacemos ahora las pagaremos cuando seamos viejos, porque tú y yo estamos destinados á casarnos después de los sesenta con mujer que no llegue á los veinte. La profecía de mi amigo ya se ha cumplido por lo que á mí toca... Pero ¿quién anda ahí? gritó el general.

– Soy yo.

– Y ¿quién eres tú?

– El novio de Lola.

En medio de la sala encontrábase Pepe.

– Y ¿cómo y por qué ha entrado V. en mi casa?

– He entrado, contestó Pepe con tono firme, saltando la verja del jardín, y he oído cuanto aquí ha pasado, y vengo á matarlo á V. ó á que V. me mate. Lo que la suerte quiera.

– ¡Bravo es el mozo! ¡Así me gusta la gente! ¿Es usted militar?

– Soy seminarista.

– Es igual; aquí en España los soldados somos algo teólogos y los teólogos son algo soldados. Me agrada, vamos, el desplante de V., y comprendo que á la Lolilla le haga gracia. Pero V. es un majadero si cree que va á casarse con Lola... No, amiguito, la mujer á quien Guzmán pone el ojo, ó es suya ó no es de nadie; V. viene muy equivocado si se figura que me sorprende... ¿Quiere usted que nos batamos? Eso me distraería; precisamente lo que yo necesito son distracciones. Me aburro de un modo extraordinario.

El general miraba fijamente á su interlocutor, y se decía que Lola no tenía mal gusto.

Pepe avanzó contra el general echando fuego por los ojos y con los puños cerrados.



El príncipe de Sagan, retrato al pastel hecho por Gervex

Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París

– Pero ¿me va V. á matar á puñetazos? dijo alarmado el general retrocediendo unos pasos. Y sacando un revolver del bolsillo, apuntó al pecho de Pepe.

Pepe se detuvo y dijo:

– Tire V.

– Pues no me da la gana, exclamó Guzmán. Lo que vamos á hacer es hablar. Siéntese V.

El novio de Lola obedeció.

Y el general entonces, adelantándose, puso el revolver en la mano derecha de su interlocutor, diciendo:

– Tome V. esa arma, y si gusta escabécheme. Y si quiere dejarlo para dentro de un rato, mejor que mejor. Así tendremos tiempo de hablar antes.

El general se sentó en un sillón próximo al de Pepe.

– ¿Con que V. es el novio de Lola?

– Servidor de V.

– Pues yo debo presentar mis excusas al novio de Lola. Yo creo, yo tengo la firme convicción de que en nada he faltado á su novia de usted y á V. mucho menos, pues que no tenía el honor de conocerle. ¿De qué puede V. acusarme? ¿De haberme querido casar con Lola? Pues ese pecado también V. lo está cometiendo. No hay entre V. y yo más que una diferencia: que V. es feliz en sus pretensiones, y á mí me han dado calabazas... Las primeras, puede V. creerlo, las primeras que he recibido en mis sesenta y pico de años... De todo tenía uno que probar... Pero sea como quiera, no me parece que encima de las calabazas procede que me mate V.... Al menos esta es mi opinión... Si V. tiene otra, yo no la discuto; ahí está el revolver.

El entrecejo de Pepe se desarrugó, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Puso el revolver sobre una mesa.

– No se apure V. por el revolver, está descargado. Le pasa lo que á mí; yo también soy un arma de fuego, pero que ya, mi amigo, no hace fuego. Durante un año, más aún, ¿qué sé yo desde cuándo? he estado fantaseando escenas de amor tierno y profundo, y ya ve V. en lo que han venido á parar: en una escena de sainete. Y gracias á que su novia de V. es una muchacha buena y á que V. es un valiente y honrado caballero no ha rematado esto en tragedia... usted, no se ofenda V., amigo mío, V. estaba destinado á ser mi secretario...

– ¿Cómo? preguntó alarmado Pepe.

– ¿Cómo? Pues muy sencillo. Si Lolita en vez de ser un ángel, como lo es, fuera un demonio de los que se han estilado, y V. en vez de ser un hombre honrado fuera un tunante, no lo dude V., Lola se casa conmigo, y yo no hubiera tenido más remedio que nombrarlo á V. mi secretario. ¡Tragedia completa y tragedia cómica que es lo peor! Yo doy gracias á Dios y á la Virgen del Carmen, que fué siempre mi protectora, porque Dios y la Virgen son sin duda, yo lo creo, los que me han hecho tropezar con Vds., que son tan buenas personas... Me han detenido Vds. al borde del abismo, y me han salvado.

– Lo que es V. es un caballero, dijo Pepe por decir algo.

El general tocó el timbre, y no satisfecho sin duda, se levantó, abrió el balcón y gritó:

– Anselmo...

– Señor...

– Sube, y que suban contigo Marta y Lola.

¡Cómo se sorprendió la excelente familia, y sobre todo Lola, al encontrar allí á Pepe!

– Mira, Lolilla, dijo el general, no llores más. Hemos hablado tu novio y yo, y hemos convenido en que os casaréis cuanto antes, siendo yo el padrino de la boda. Y como no tengo familia, ni obligaciones con nadie, sois vosotros también *mis universales herederos.*

ANGEL SALCEDO RUIZ.

UN CHASCO AL DIABLO

No lejos del Toboso, pueblo que Cervantes hizo célebre, hállase un lugarejo de cuyo nombre bien me acuerdo, pero quiero callarlo, porque ni á nadie interesa conocerlo, ni conviene decirlo. Y no me conviene porque tal vez el cuento que á referir voy pudiera algún día leerlo algún habitante del lugar de la acción, y se ofendiera al ver que á su país natal se califica de lugarejo.

Además, el cuento que para distracción de desocupados he de relatar, me lo refirieron muchos años hace, y á decir verdad, no estoy muy seguro de la fidelidad de mi memoria, y quizá, y sin quizá, quite, ponga, acorte, añada, modifique y varíe hasta extremo tal, que aquellos que fueron testigos del hecho histórico, que hecho histórico es el origen de la que hoy aparece como obra de la imaginación, salieran dando voces que no sonarían bien á mi oído, pues no serían flores lo que me regalaran sino palabrotas tales como: «Embustero! falso! mal cronista!»

Renuncio á epítetos semejantes, y digo que Basilio, el héroe de mi cuento, vió por vez primera la luz del sol en un pueblo de la Mancha.

El tal pueblecillo está situado sobre una montaña tan mezquina, que más que obra de la naturaleza, parece sa-

lida de manos de algunos muchachos que en sus horas de recreo la fabricaran con barro.

Unas cincuenta casuchas agrupadas al rededor de una iglesia cuyo campanario hiérguese orgulloso sin duda porque no desconoce el refrán que dice: que en la tierra de los ciegos el tuerto es rey, constituyen todo el lugar.

En lo más alto de la montaña se ve un grupo de molinos de viento y algunos más diseminados por la falda de la misma, y bajando hasta la llanura se van separando, separando, hasta que ya á bastante distancia del pueblo divísase un inmenso molino que parece centinela avanzado, semejando sus aspas brazos de gigante que ahuyentan todo peligro que por aquel lado venga.

Aquel lado es el sitio por donde pudiera llegar la civilización al pueblo.

El gigantesco molino parece el vigía del tiempo viejo. Por aquel lado puede venir el vapor, y entonces ¿qué sería de los molinos de viento? ó por mejor decir, ¿qué sería de los dueños de dichos molinos? – La ruina espera á mi dueño si ese enemigo llega á poner aquí su planta, dice el molino de viento, y como servidor leal grita defendiendo á su señor y dueño y moviendo apresuradamente sus aspas: ¡Atrás, atrás el vapor! Y el generoso servidor vence en la lucha.

En el pueblecillo de nuestro cuento ni ha entrado el vapor, ni el gas ha alumbrado nada, ni siquiera se tiene noticia de que existe un fluido que se llama electricidad.

Mas basta ya del pueblo, que ya llegó la hora de hablar de sus habitantes.

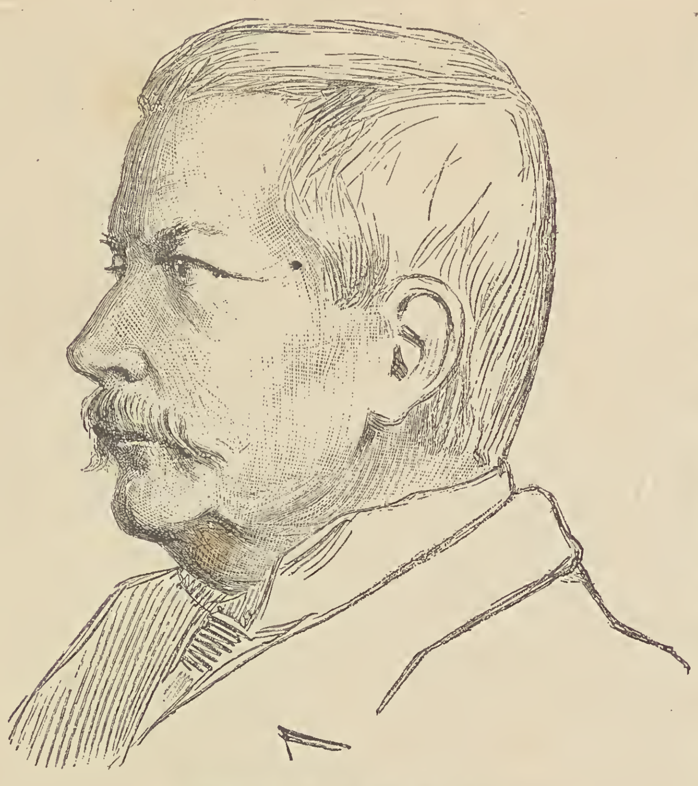
Un cura que no sabe leer latín más que en su misal, es el sabio del pueblo.

Un labrador que es dueño de cincuenta borregos, un cerdo y algunas gallinas, representa á la aristocracia del dinero.

Un alcalde rudo, pero con un saco bien provisto de malicias, es allí el representante de la soberanía nacional, y un secretario que humildemente y con capa de modestia maneja al alcalde, se ríe del cura y se come parte de los bienes de los ricachuelos del pueblo, es en él imagen viva de la burocracia.

No hablo del veterinario, que desempeña á la vez funciones de médico y boticario, porque ni los mismos habitantes del pueblo le tienen en mucho, pues si ellos gozan de perfecta salud, sus bestias se niegan á aceptar los remedios de su doctor, temiendo, si los toman, no morir de viejos, muerte que es la habitual en el país.

Mas vamos ya á hablar de Basilio, á quien llamé el héroe de mi cuento, y que todavía se halla escondido entre las bambalinas sin salir á escena á recibir los aplausos ó las censuras de su público, que serán ustedes, lectores pacientísimos y amables.



ENRIQUE M. STANLEY

retrato hecho durante su reciente permanencia en el Cairo

Basilio nació el año de mil tantos y tantos. Su padre fué el carpintero del lugar, y él heredó el oficio de su padre.

Hábil obrero hubiera sido, si naciera en populosa ciudad, mas en su pueblo natal, poco pudo aprender, pues allí nada ó casi nada exigían de él.

No obstante esto, Basilio era uno de los personajes más importantes del pueblo. Su menguada industria le producía más que si hubiera destripado terrones, ocupación general de sus conciudadanos, que con razón se ha acusado á la tierra de ingrata.

Añádase á la relativa fortuna de Basilio un airoso cuerpo, unas anchas espaldas, unos fornidos brazos que poco tendrían que envidiar á los del gigante Caraculiambro, una estatura más que de gastador, una tez morena, unos ojos grandes y negros, una boca bien dibujada de gruesos y sanguíneos labios, una dentadura igual y limpia, y un corazón digno, por el tamaño, de su cuerpo, y fácilmente se comprenderá que era Basilio la envidia de los mozos del pueblo y el objeto de los suspiros de las sensibles mozas de anchas caderas, sayas cortas y robustas pantorrillas, abrigadas por medias azules de lana.

De todas estas ventajas no se percataba Basilio que era la misma modestia y la honradez personificada.

Durante algunos años vivió cuidando de su anciana madre, y sin darse cuenta de que existiera en el mundo algo más que su serrucho, su martillo y los demás instrumentos de su trabajo.

Murió su madre, y cuando las mozas que por él suspiraban creyeron llegado el momento de ver que Basilio fijaba en ellas sus miradas y eligiera alguna que alcanzara el envidiado y envidiable puesto de carpintera del lugar; Basilio se retiró aun más de lo que antes estaba, y nadie le vió nunca en el baile que se celebraba en la plaza los domingos por la tarde, ni en el juego de bolos, ni mucho menos en la taberna, que por cierto era del sacristán del lugar.

Varios años pasó Basilio desde aquel en que ocurrió la muerte de su madre, sin que su vida sufriera la menor variación.

En la tarde de un domingo, sabe Dios por qué, le entró el antojo de llegarse al juego de bolos. Invitáronle á que jugara una partida y aceptó por cortesía tal vez, ó quizá porque no se supusiera que su negativa reconocía por causa el miedo á perder algunos céntimos, miedo que estaba muy lejos de sentir.

Jugó varias partidas, y como es natural en quien como él desconocía el juego, las perdió; ocurrió otro tanto en sucesivos domingos, en los que por amor propio volvió al juego de bolos con el afán de vencer alguna vez. Ninguna lo logró, y entonces, al verse por todos motejado de torpe, quiso probar que si en aquel juego lo era, no había de serlo en todos.

Del juego de bolos pasó á la taberna. Allí se jugaba á la brisca, al tute, y sobre todo al animado mús, que aun se animaba más por los sendos tragos con que le acompañaban los jugadores.

Si torpe había sido Basilio en el juego de los bolos, más aún lo fué en los juegos de naipes. Rara vez ganó, y si alguna vez la victoria estuvo de su parte, se debió, más que á él, á algún compañero de juego. La suerte no le negaba del todo sus favores, mas su torpeza era tanta, que lograba anular los agasajos de la fortuna.

Su torpeza llegó á ser proverbial en el pueblo, y como



M. Stanley y sus compañeros de viaje al regreso de la expedición por el interior del África

Copia de una fotografía sacada en la agencia consular británica de Zanzibar

las gentes se muestran siempre dispuestas á humillar y morder á aquellos á quienes antes adoraron, el prestigio de que había gozado Basilio se convirtió en desprecio.

El, que antes no se había dado cuenta de la estimación en que era tenido, vió con dolor el menosprecio con que era mirado, y entonces echó de menos lo que antes ni estimara ni conociera.

El bien que había perdido quiso recobrarlo, suspiró por ser el primero en todo. Quiso ser el Tenorio del lugar, mas las mozas le hicieron purgar su antigua indiferencia, y los mozos bañáronse en agua de rosas viendo vencido y humillado al envidiado rival.

Basilio sintió nacer en su corazón todas las malas pasiones; la envidia anidó en él; odió á cuantos le ganaban en el juego, á quienes consideraba como enemigos irreconciliables. El demonio del orgullo murmuró á su oído palabras tentadoras y momentos hubo en que hubiera dado su alma al diablo por modificar las cosas.

Rafael M.ª Liern.

(Se continuará)

Imp. de Montaner y Simón